



## XXXVI

**P**ONGAMOS muy alta, para contrastar esta última fuerza de perturbación sobre todo, la unidad nacional; porque hay un sentimiento en los pueblos que está ante todos los sentimientos, un interés que está ante todos los intereses, una idea que está ante todas las ideas; el interés, el sentimiento, la idea de la patria. Y la patria no es solamente el hogar estrecho donde se meció nuestra cuna; el árbol solitario que nos prestó sombra en nuestros tiernos años; el campo donde volaron como pintadas mariposas nuestras primeras ilusiones ó el templo donde se perdieron como nubes de mirra é incienso nuestras primeras plegarias: la patria es más que todo esto, es la Península her-



mosísima, estrella de la tarde para los navegantes fenicios, bienaventurados eliseos para los poetas clásicos, edén para los árabes; la Península de cuya nutritiva tierra brotara esta ilustre raza celto-ibérica, tan fuerte como el roble del Norte y tan flexible como la palma del Mediodía; raza que hendió con su rayo la luz de su inteligencia, las tinieblas de los últimos tiempos del mundo antiguo; que civilizó á las tribus germánicas antes que ninguno otro pueblo, sin exceptuar á la misma Italia; que en la edad del misticismo y la maceración, llevó á los ateridos miembros de la humanidad el calor de la vida, la luz de la ciencia, la savia de la Naturaleza por la infusión en sus venas del genio de Oriente; que tuvo una libertad de tan ilustre prosapia como la libertad inglesa, y una democracia tan enérgica y tan sensata como las primeras democracias de la historia; que en el despertar del espíritu moderno creó como Dios para el hombre nuevo y para la nueva idea, esa tierra de los portentos, hallazgo del Paraíso, perdido por la culpa de la servidumbre y encontrado de nuevo por la redención del humano progreso; raza

nunca accesible á la decadencia, nunca podrida por el virus del interés y del egoísmo; fanática si se quiere, aventurera, audaz, inquieta, indócil, pero valerosísima, enérgica, heroica, sublime, la raza de los despertamientos y de las hazañas increíbles: la raza de los épicos guerreros de la Independencia y de los heroicos sacrificios por las ideas, y que aun sin estas cualidades y sin estas grandezas, merecerían esta tierra y raza, confundidas, identificadas como en un solo seno y en un solo espíritu, en este mágico nombre de España, merecían de nosotros amor y culto, porque España es nuestra santa, nuestra eterna, nuestra fecunda madre.

(Del discurso pronunciado en Málaga el 26 de Mayo de 1874.)